

Estimados lectores,

Leer una historia que te emocione y tener el convencimiento de que hay que darle alas para que vuele y llegue al mayor número posible de lectores es una sensación que el editor experimenta con enorme gratitud y que, por más que se repita a lo largo de los años, siempre es nueva y reconfortante. **TODO LO PERDIDO Y ENCONTRADO** pertenece a ese tipo de libros, y con esa convicción decidimos que tenía que ser nuestro **Libro del año 2015**.

Lucy Foley nos ha regalado una de esas historias que, en cuanto termina, uno tiene la necesidad de compartir con los que lo rodean, una historia donde cabe todo lo que puede hacer inmensamente feliz a un lector: protagonistas con alma que apuestan por el amor y la vida, aunque no siempre ganen; un viaje por escenarios y épocas que habitan en nuestro imaginario y que, en la pluma de Lucy Foley, vuelven a brillar y a cobrar movimiento. La autora nos invita a entrar y a formar parte de su coreografía, en la que un misterioso cuadro se convierte en el hilo conductor de una fascinante trama que perdura a lo largo de varias décadas y que está llena de *glamour* y de exotismo.

El lector seguirá a los protagonistas en su búsqueda incesante de la felicidad y la belleza, en un mundo imperfecto que no cesará de ponerles trabas y de hacerles falsas promesas. Estos personajes inolvidables dejarán una huella tan profunda a su paso que servirá de guía para los que vengan después en busca de respuestas.

Ahora ya tienes alguna pista sobre todo lo que te tiene reservado esta novela, y espero que pases esta página, empieces a leer y te dejes llevar por **TODO LO PERDIDO Y ENCONTRADO**.

¡Feliz lectura!
La editora

LUCY FOLEY

Todo *lo*
perdido *y*
encontrado

Traducción:
ÁLVARO ABELLA VILLAR



MAEVA

El retrato

Ahora está expuesta en la National Portrait Gallery. Su sonrisa no ha decaído con los años. El pelo sigue llegándole justo hasta la mejilla, tan lustroso como el de un gato. Está sentada, se encuentra incómoda: la pose de un momento captado para la eternidad. Entrecierra ligeramente los ojos, protegidos por la mano de un sol que no se ve.

¿Quién es? El dibujo no da ninguna pista, ni tampoco el texto del letrerito que hay debajo:

UNA AMIGA DEL ARTISTA, CIRCA 1929, PLUMA Y TINTA

Amiga es una palabra compleja, puede engañar mucho. ¿Qué era ella en realidad para el joven que una tarde se sentó a dibujarla junto a sobras de picnic? Incluso un artista talentoso como aquel se ve constreñido por su medio a trabajar únicamente en el terreno de lo visible. Algunas cosas deben perderse en el tiempo.

Primera parte

La obra
de *un* maestro

1

Hertfordshire, agosto de 1928

Los jardines ya están vibrantes de vida. El aire posee un aroma a expectativas; la gente ha venido aquí para hacer cosas imprudentes, cosas estúpidas que más adelante podrían lamentar, aunque la gracia de todo reside en no lamentarlo. Y es que el tema de la fiesta es la juventud. No todos los invitados son jóvenes, pero eso no importa. La juventud se puede fingir con facilidad mediante una actitud adecuada. Es la actitud lo que cuenta. Está ahí, en las rodillas pálidas que asoman fugazmente bajo los dobladillos, en el tintineo del champán al ser servido, en el ritmo salvaje de la batería. Y sobre todo está en el baile, rápido, demasiado rápido para distinguir cada uno de los movimientos individuales, de modo que lo único que se puede percibir es una masa borrosa, histérica, frenética, con la piel brillante por el sudor.

Tom no es muy dado al baile. O, al menos, no hasta después de tres o más copas de champán, la primera de las cuales se toma con sed. El tallo alargado de la copa y el gran cáliz con su frágil borde de cristal no fueron diseñados para tragos apresurados, de modo que derrama una buena cantidad sobre la pechera de su camisa, cuya tela se adhiere ahora translúcida a su piel.

Tom se siente como pez fuera del agua. Nunca ha asistido a un evento de ese tipo. Es uno de esos sobre los que se puede leer en las páginas de sociedad: “jóvenes adinerados y beodos realizando ultrajantes cabriolas”; la *Bright Young People*.^{*} La

^{*} Con este apelativo se conocía a la juventud londinense bohemia de clase alta en la década de 1920. (*N. del T.*)

prensa los adora y los odia. Los homenaja, los vilipendia, y sabe muy bien que no vendería tanto sin ellos. Hay hombres con cámaras acechando entre las sombras en los alrededores del recinto. Cuando llegaron, Tom se fijó en una pareja plantada entre los arbustos; aunque no malgastaron lámparas de *flash* con su entrada. Él está ahí «de pegote», como invitado de Roddy, un conocido de Oxford con buenos contactos. Los dos llevan ya un año en la universidad, y Tom no está muy seguro de que su amistad vaya a durar hasta los exámenes finales, pues parece que no tienen prácticamente nada en común. Pero, de cualquier modo, han ido juntos. «Eres guapo —le dijo Roddy— así que tú atraerás a las chicas y yo me lanzaré y las cazaré.»

El tema de la velada es *Las mil y una noches*. Tom lleva un gorro fez y un gabán sin mangas engalanado con espejitos y abalorios de colores. Los encontró en una tienda de antigüedades de Islington. Oían a alcanfor y desprendían una humedad insidiosa, pero estaba orgulloso de su descubrimiento aunque le preocupaba que resultara exagerado.

No debería haberse preocupado: los demás invitados, por lo visto, compiten para ver quién va más exagerado. Al entrar, Roddy le señaló a la anfitriona: lady Middlesford, envuelta en gasa escarlata, enjoyada y ensortijada con los tesoros de Oriente, velada con un pañuelo rojo a juego del que prendían miles de ornamentos metálicos que al chocar provocaban un tintineo como de campanitas. Una mujer le sonríe, lleva círculos de kohl alrededor de unos ojos de un inesperado azul claro. Por las puertas que dan acceso al jardín se ve a una odalisca con el vientre desnudo, excepto por el adorno de un rubí parpadeante.

Roddy abandonó a Tom en cuanto salieron al jardín, con la promesa de ir en busca de bebida, pero ya hace casi una hora y desde entonces no hay rastro de él.

Una mujer se acerca.

—¿Tienes fuego, querido? —Su acento es elegante, claro como el vidrio, el *súmmum* de lo inglés, aunque con su atuendo de holgados bombachos de seda y jubón ajustado color fucsia es Sherezade total. Tiene una cara de granujilla no muy

bonita —demasiado estirada en los ojos y con los dientes muy grandes—, pero resultona, un cuerpecillo andrógino de gorrión y un cabello, ondulado tras las orejas, de un tono albaricoque chillón e imposible. Entonces, de repente la reconoce. No tiene por costumbre leer *The Mail*, pero uno ha de ser un eremita para no conocer a esta *Bright Young* en particular. Babe Makepeace: «Veintiún años y vive para la diversión». Sobrevive, si los rumores son ciertos, de una asignación irrisoria concedida a regañadientes por el gruñón de su viejo papaíto. Subsiste, aparentemente, a base de una dieta de frutos secos y *Prairie Oysters** para mantener ese cuerpo de chico tan esbelto y cumplir los cánones de la época.

Tom mete la mano al bolsillo y saca su encendedor. Ella se lleva el cigarrillo a los labios y contrae su carita graciosa al dar una calada profunda.

—¡Eres una joya! —Le da un golpecito travieso en el brazo—. ¿Cómo te llamas?

—Thomas, Thomas Stafford.

—Bueno, Thomas... Tommie... ¿Quieres bailar conmigo? —Lo mira expectante entre las cintas enjovadas de su tocado.

—Estaría bien..., pero ¿más tarde, quizá? No soy muy de bailar.

—Como tú quieras, Tommie.

Antes de que ninguno de los dos pueda decir nada más, un hombretón la agarra de la cintura y la lanza a la multitud de la pista de baile. A Tom no le importa demasiado. De hecho, le alegra permanecer en segundo plano observando la exótica extrañeza de la escena que sucede delante de él. En el lago, un barquito se aleja de la orilla. En él van tres figuras: dos hombres, sentados, y una mujer en pie entre ambos, se ríen y vierten champán en sus bocas abiertas directamente de la botella. Uno de los hombres agarra a la mujer y la sienta en su regazo. Ella chilla y la barquita se bambolea alocadamente sobre la superficie oscura del agua.

* Bebida a base de huevo crudo, salsas picantes, sal y pimienta, usada principalmente como paliativo para la resaca. (*N. del T.*)

Tom dirige de nuevo su atención al bullicioso grupo de bailarines. Le gustaría ver bailar a Babe Makepeace. Por lo visto, es cosa fina. En medio de la muchedumbre vislumbra una cabeza pelirroja que le resulta familiar: Roddy. Así que ahí está. Entonces, la ve. Su forma de bailar le recuerda el movimiento de un cisne, enérgico y activo por debajo de la superficie, un suave fluir por encima. Cabalga sobre la música, se mueve en su interior, sobrevolándola. La piel de sus brazos desnudos es pálida y brilla bajo la luz del farol; su pelo es oscuro, cortado en media melena recogida tras las orejas. Incluso desde la distancia, puede ver que las puntas que rozan su cuello deben de ser tan suaves y densas como el pelaje de un gato. Resulta, sencillamente, hipnótica. Hay otra cosa, también. Algo además del mero espectáculo que ofrece. Resulta... ¿qué? Familiar. Aunque la intuición de que la conoce se niega a manifestarse del todo.

Se esfuerza por ver bien su cara. Las imágenes que recibe de ella son fragmentarias e incompletas. Finalmente, la banda toca unas notas y se detiene para comenzar una nueva melodía, más lenta. Los bailarines se dispersan hacia la barra, pegajosos de sudor, con los ojos vidriosos y sofocados del disfrute. Ella también se marcha, sonrío a Roddy y aparta con educación la mano colorada que él ha posado en su antebrazo. La muchacha avanza en dirección a Tom, hacia la casa. A Tom se le corta la respiración, vacilante. ¿Se atreverá a dirigirle la palabra? No tiene talento para hablar con las mujeres. Tener dos hermanas debería haberle servido como una especie de iniciación, pero el hecho de ser el menor de los tres y, por lo tanto, haber sufrido su acoso, simplemente le ha dejado la impresión de que las mujeres son seres intimidantes y quijotescos.

A medida que ella se acerca, ve que su belleza posee unos defectos cautivadores. La boca es ligeramente grande para su delicado rostro de naricita algo respingona y ojos endrinos. Es más alta que la mayoría de las mujeres de su alrededor y tirando a delgada. «Escuálida», como diría su hermana Rosa.

Se encuentra apenas a unos pasos de él, y Tom es consciente de que la está mirando fijamente. Ella se puede dar cuenta

en cualquier momento y quedará como un idiota. Justo a tiempo, aparta la mirada. Puede oír el latido de su pulso acelerado en la sien. Ella pasa a su lado, justo a su lado, y la tela plateada de su vestido le roza la pierna. Es una sensación de lo más leve, pero todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo trinan.

—¿Tom?

Está convencido de que son imaginaciones suyas, y no levanta la mirada.

—Eres tú, ¿verdad? ¿Tom Stafford?

Cuando alza la cabeza, la tiene delante, su cara a la altura de la suya. Un levísimo reguero de pecas le recorre la nariz, y sus ojos son de un color de lo más inusual. No oscuros, al final, sino de un extraño gris mercurio.

Tom carraspea.

—Sí..., soy yo. —Su propia voz le suena extraña, como un instrumento desafinado—. Si me permite la pregunta, ¿de qué...?

—Oh, Tom. ¡No me lo puedo creer! —Pone una gran sonrisa de alegría. De pronto, esa sensación de que la conocía que tanto le incordiaba cobra sentido. Alice.

—¿Alice?

Tom vio por última vez a Alice Eversley en 1913. Ella tenía seis años, apenas un par de meses menos que él, y unas piernas demasiado largas para su cuerpo, delgadas como las de una cigüeña y de rodillas magulladas. Su pelo era una enredada mata de niña traviesa, negro como el ónice. No era lo que la gente esperaba encontrar en la hija de la divina lady Georgina Eversley, una diosa rubia de la alta sociedad, y del explorador polar lord Robert Eversley quien, en Inglaterra, siempre iba bien afeitado y ostentosamente trajeado, aunque en las fotografías de sus expediciones apareciera con una barba engrasada con sebo de ballena.

Aquel verano, los padres de Tom habían decidido que la familia pasara las vacaciones en Cornualles. La señora Stafford había leído un artículo sobre la importancia de la tonificante

brisa marina para la salud de los niños, y su hija Caro seguía recuperándose de un proceso de tosferina.

La señora Stafford y los niños pasarían un par de meses en Winnard Cove, no lejos del pueblo pesquero de Fowey. El señor Stafford, abogado, permanecería con ellos siempre que su trabajo se lo permitiera. La madre de Tom había visto el anuncio en una revista: «Eyrie House, disponible para familias. Una ubicación pintoresca y apartada en una idílica cala arenosa». Era el sitio adecuado para ellos. Daba al mar, era una casa pequeña, envejecida por la climatología y cubierta de salitre, pero el lugar era indómito. Como se prometía, bajo la casa había una alargada franja de playa, con interesantes restos de echazón de las embarcaciones dispersos sobre la arena, y la protegían del viento los acantilados circundantes.

El único detalle en el que los habían engañado ligeramente fue en la promesa de aislamiento. La cala habría sido para ellos solos de no ser porque enfrente tenían una enorme mansión estilo isabelino de piedra de color parduzco, parcialmente oculta entre una espesa maleza de olmo montano.

Aquello, les informó con orgullo la anciana casera, era Eversley Hall: propiedad de la misma familia durante más de trescientos años. El tercer día de sus vacaciones, el señor Stafford regresó de una excursión en bote, empapado y con la cara colorada de frío y alborozo. Su mujer y sus hijos, que tomaban té en el jardín, contemplaron con curiosidad el espectáculo.

—No os vais a creer a quien he conocido hoy. ¡A lord Eversley en persona! Aquí, en Cornualles. No me puedo creer que no haya atado cabos antes... Todo encaja. El Hall es suyo.

Poco a poco fue revelando la historia. Por lo visto, el señor Stafford había terminado volcando su embarcación al cruzarse en el camino de un hermoso yate, desatando con ello el caos. Para empeorar las cosas, tras caer al agua su chaleco salvavidas se enganchó con la escota de la mayor, y no parecía dispuesto a soltarse. Escuchó un grito y de repente se dio cuenta de que había otro cuerpo en el agua junto a él. El

timonel del yate se había lanzado al agua, dejando a su tripulación a cargo del navío.

—Así, sin más. Sin vacilar; se tiró al agua y me soltó. Era él: lord Robert Eversley. Uno de los hombres más agradables que creo haber conocido nunca. —Sonrió—. Nos ha invitado a cenar. A todos, niños incluidos.

Así que aquella tarde los Stafford hicieron el paseo por la arena y subieron el largo tramo de escalones combados y desgastados por las pisadas ancestrales de los Eversley, para ser recibidos en la puerta de entrada por un mayordomo con librea. Por dentro, el Hall poseía la elegancia fría de una catedral: maderas oscuras, vidrio antiguo y piedra vetusta. Se oía el eco de sus pasos, y se sintieron sobrecogidos e intimidados por el entorno. Era difícil ignorar la certeza de que aquel no era su sitio.

Robert Eversley, sin embargo, era todo cordialidad, al igual que Archie, su hijo de pelo dorado. Incluso la extraña hija de cara pálida los recibió con una sonrisa torcida. Todos, al parecer, se esforzaban por intentar que sus invitados se sintieran recibidos como iguales en su casa. Todos, cierto, con la excepción de la esposa de lord Robert. Como más adelante señalaría la señora Stafford, la hermosa lady Eversley los trataba como si «fueran sirvientes que recibían una deferencia navideña y por la mañana debían retornar al lugar que les correspondía». No dio ninguna muestra de interés o simpatía hacia ellos, y hasta los niños percibieron su desprecio. Mostró una fría sonrisa mientras el señor Stafford describía su profesión y alzó una ceja ante la mención que hizo la señora Stafford de la casa en Parson's Green. «Es una esnob espantosa —se quejó la madre de Tom al día siguiente mientras desayunaban—. Piensa que no merecemos hacerle perder el tiempo, y se encargó de dejarlo claro. Renuncié a intentar congeniar con ella pasada media hora; simplemente era agotador. Una se cansa bastante de que te hagan sentir tan inferior.»

La frialdad de lady Eversley fue la única pega en una velada en la que, por lo demás, todos disfrutaron. Los padres de Tom pasaron la noche cautivados por los relatos de Eversley

sobre hielos que se movían y que eran capaces de reventar un barco, no digamos un hombre, con su puño gigante; hielo azul y duro como los zafiros del collar de lady Eversley; hielo que abría sus fauces, oscuro y traicionero, tragándose hombres hasta darles muerte.

Rosa y Caro —de catorce y diez años— estaban muy felices de pasar la velada mirando embelesadas a Archie quien, a sus diecisiete años, era alto y de espaldas anchas como un hombre. Era el afortunado heredero de la hercúlea buena apariencia de su padre y el pelo muy rubio de su madre.

Y luego estaba la hija, Alice. Las hermanas de Tom rápidamente sintieron repulsión ante esa extraña chica de aspecto de chico y pelo horrendo, que parecía pertenecer a una especie distinta a la de su hermano mayor. Pero Tom... Tom encontró un alma gemela en Alice. Ella también estaba convencida de que había visto piratas desde la ventana de su cuarto y traficantes que se comunicaban con la costa por medio de linternas. Había reunido una impresionante colección de curiosidades recogidas después de examinar con detenimiento durante horas la playa: un parasol, unos anteojos, un extraño cuchillo curvo que Tom debía admitir que guardaba un extraordinario parecido con un alfanje en miniatura.

Mientras los adultos continuaban con su cena, Alice y Tom se escaparon de la casa. Caminaron sobre la hierba húmeda por el rocío, al amparo de la oscuridad, hasta un lugar desde donde vigilar la costa buscando cualquier señal de actividad en el mar. Alice tenía una plataforma que le había construido su padre en un árbol, que constituía una excelente atalaya. Allí permanecieron hasta que lord Robert, siguiendo instrucciones de su esposa, recorrió el jardín en su búsqueda y, con una sonrisa en la voz, los llamó para que volvieran a casa.

Aquellas seis semanas en Winnard Cove, Tom y Alice fueron como ña y carne. Avistaban piratas, cazaban cangrejos, construían refugios con restos de madera y se enfrentaban a las frías olas rompientes para nadar en las aguas más tranquilas que había detrás, bajo la ansiosa vigilancia de la madre de Tom y la niñera de Alice. Alice era bajita para su edad, y de una palidez

casi antinatural, pero era fuerte e intrépida, más valiente que nadie que Tom hubiera conocido. Le contó que quería ser aventurera como su padre, la primera mujer exploradora de la historia. Tom no tenía ninguna duda de que lo lograría. Ya se podía imaginar ese rostro afilado ennegrecido con sebo de ballena y esos piecitos calzando unas botas forradas de piel.

Como siempre sucede con las sinceras amistades de la infancia, parecía que nunca podrían separarse. Y los padres de Tom prometieron —ellos también deseosos de volver— que al año siguiente regresarían a Winnard Cove.

Pero una mañana de octubre de ese mismo año, al señor Stafford se le cayó la taza de té de las manos.

EVERSLEY FALLECE EN LOS HIELOS DEL SUR

rezaba el titular. Lord Robert había encontrado la muerte al precipitarse por una falla oculta bajo una falsa superficie de fino hielo y nieve. No se pudo recuperar su cadáver.

Los Eversley no volvieron a Winnard Cove. Tampoco los Stafford. Estalló la guerra. El señor Stafford, orgulloso patriota, se alistó para combatir en Francia y regresó convertido en un hombre distinto. Pero tuvo más suerte que algunos. Archie Eversley murió en Ypres, durante uno de los primeros días de la contienda.

Kate

¿Cómo podría describir a mi madre?

Era pequeña, pero muy fuerte. Fuerte quería decir que era capaz de bailar durante horas, con una gracia y precisión impecables, aunque le ardiera de dolor cada músculo del cuerpo y la sangre de sus pobres y destrozados dedos de los pies moajara los tableros de madera que los sostenían, incluso mientras la lanzaban y giraban, cegada por los brillantes focos del escenario. Fuerte quería decir que sabía aceptar su posición en este mundo, abandonada y sin padres, y hacer de ello parte de su fortaleza, convirtiéndolo en ingrediente esencial del cuento de hadas de June Darling. No quiero describir las cosas que solo yo conocía de ella, porque son lo que me queda, lo que puedo conservar. Además, la gente no está interesada en todo lo que no sea la danza y el cuento de hadas.

Habrán oído hablar de mi madre, estoy segura. Hasta la gente que no sabe de ballet conoce su nombre, tal era el grado de prestigio universal que había alcanzado cuando murió. Y cuando murió, aquella noche en la que el avión cayó del cielo en espiral como si estuviera hecho de papel y palitos de chupa-chups, los pocos que quedaban sin conocerla oyeron hablar de ella. June Darling, la pequeña bailarina que gracias a su talento puro consiguió escapar del exiguo destino que la aguardaba.

Mi madre solía burlarse de lo que ella llamaba el mito de su pasado. Nunca lo pasó tan mal, decía. Nunca estuvo desatendida ni la maltrataron y, aunque puede ser que empezara sin una familia biológica propia, pronto tuvo a Evie, y luego

a mí, y éramos un trío perfecto, un estrecho triángulo de amor.

O al menos eso es lo que parecía. En mis momentos más secretos y vergonzantes, me preguntaba si en el fondo Evie me guardaba rencor por haber complicado las cosas, por alterar la santidad del vínculo establecido entre ella y mi madre. ¿Tenía alguna prueba? Ninguna en concreto. Aunque no creo que sea injusto decir que Evie jamás habló conmigo como lo hacía con mi madre; conmigo podía ser arisca, impaciente, como yo sospechaba que jamás lo fue con mamá.

Yo estaba bastante obsesionada con la idea de los abuelos, de esos a los que Georgina, mi amiga del colegio, visitaba los fines de semana. De esos que te leen cuentos, hacen bizcochos contigo y te llevan a exposiciones. Esa no era la relación que teníamos Evie y yo. No la llamaba abuelita ni nada de eso. La llamaba Evie, y nos tratábamos como adultos. Al mirar atrás, estoy convencida de que me quería, pero al lado de todo lo que había sentido por mi madre, lo que sentía por mí resultaba insignificante. Mi madre fue su salvadora, en la misma medida en que Evie fue la salvadora de mi madre. Y, la verdad, creo que Evie, sencillamente, no podía querer de manera tan profunda a otra persona.

Quizá tampoco le gustaba la evidencia que veía en mí de mi padre, a quien por lo visto consideraba culpable de haber arruinado la carrera de mi madre por el embarazo, desdeñando el hecho de que mamá estaba ya mayor para el ballet cuando me tuvo. Mi padre desempeñó a la perfección el papel de villano, desapareciendo a la primera señal de problemas. Pero hay dos maneras de tomarse algo así. Si le preguntasen a mi madre, les diría que mi padre no supuso para ella mucho más que el hecho de ayudarle a traerme al mundo. No lo necesitábamos en nuestras vidas; nos teníamos la una a la otra.

A mi madre la bautizaron como June las monjas que dirigían la institución en la que vivió desde pequeña. Siempre me pareció que su nombre poseía una curiosa reminiscencia americana pero, como ella misma me explicó, se debía al mes de su nacimiento.

Estuvo bien que llegara al mundo cuando lo hizo, pues la temperatura era agradable; si la hubieran dejado en la puerta en febrero, es probable que su historia hubiera terminado ahí.

Los orfanatos suelen gozar de mala reputación, pero este no era de estilo dickensiano, y la palabra *institución* sugiere un nivel de privaciones que mi madre siempre insistió en que no se dio en su caso. Ciertamente, no les daban mucho en lo que se refiere a sustento o pasatiempos, pero les daban tres comidas modestas al día y tenían clases, sesiones de música y excursiones al parque. En comparación con la experiencia de algunos niños, no estaba tan mal. Además, era lo único que ella había conocido.

Un par de las chicas más mayores decían recordar a una mujer. El ronroneo aterciopelado de un motor bajo la ventana del dormitorio las despertó a primera hora de la mañana. Se asomaron para mirar y la vieron acercarse al edificio con el bulto y alejarse a los pocos minutos sin él. El timbre de la puerta no había sonado. Era, contaron más tarde, tan elegante y de aspecto tan lujoso como el coche que se la llevó, aunque no se ponían de acuerdo en los detalles: el color del cabello bajo el sombrero, la altura, la edad. Sin embargo, las dos se quedaron con la impresión de que poseía una notable y singular hermosura.

Una vez le pregunté a mi madre si quería a las monjas. Reconoció que no podía acordarse de cada una de ellas, sino que las recordaba como un ente abstracto, benevolente y omnipresente, bastante parecido a la imagen de Dios que las hermanas le inculcaban. La única excepción era la hermana Rose, que no destacaba por ninguna particularidad en su carácter, sino porque se convirtió en un agente activo en la forja del futuro de mi madre. Era la hermana encargada de las clases de música, que no iban mucho más allá de un viejo conjunto de instrumentos, donados por varios mecenas, que se guardaban en un arcón de madera del gimnasio. Todos los viernes por la tarde los sacaban y los repartían con precisa equidad entre las chicas para que tocaran a su manera inducta.

Entonces sucedió algo bastante inusual. Cuando mi madre tenía unos seis años, se introdujo un nuevo sistema. Fue ocurrencia de un acaudalado donante, un filántropo anónimo que

tuvo la idea de instaurar un programa por el cual las chicas aprenderían las delicias del canto y la danza.

Si mi madre hubiera nacido unos años más tarde, su vida habría resultado muy diferente. Aquel proyecto no pudo continuar debido a que los bombarderos alemanes soltaron su lluvia de fuego sobre la ciudad. Pero tal y como sucedieron las cosas, mi madre tuvo su oportunidad.

La profesora de ballet —y, como luego se supo, hija del filántropo que concibió la iniciativa—, era una mujer llamada Evelyn Darling.

La historia de Evelyn Darling

Evelyn Darling vino al mundo en una de esas familias en las que la mayoría de las cosas están aseguradas. Su padre, Bertram, había heredado el negocio metalúrgico de su progenitor, y el negocio vivió un *boom* durante la Primera Guerra Mundial. Como hija única, Evelyn tenía garantizada una sustanciosa herencia y un porvenir entre algodones. Sin embargo, pronto resultó evidente que no le iba a satisfacer el tipo de vida que suelen llevar las herederas acaudaladas. Ella tenía planes más ambiciosos e inusuales para su futuro.

En su condición de mujer, Evelyn había ido varias veces al ballet con su padre y nunca había visto nada tan hermoso, tan mágico, como aquellas criaturas que revoloteaban sobre el escenario de un lado para otro. Aprender a bailar como ellas se convirtió en su deseo, y su padre, incapaz de negarle nada, le pagó unas clases, tantas como pudiera aguantar, aunque no estaba convencido de dejarla actuar: no parecía ser lo más adecuado para las jóvenes de la clase a la que él aspiraba. Finalmente, sin embargo, le permitió bailar en reuniones privadas.

Evelyn llegó a ser una bailarina bastante buena. Quizá no del más alto nivel, pero con el suficiente talento como para, a los diecinueve años, llamar la atención de un joven caballero. Podría ser que no poseyera una belleza convencional, pero Evelyn tenía una forma de moverse como una ninfa de los

bosques y una voz que asemejaba al tañido grave y cristalino de una campana.

En 1935 Evelyn y Harry se prometieron en matrimonio. Ella seguiría bailando, pero probablemente nunca volvería a actuar: no era apropiado para una mujer casada y, además, Harry era ahora el amor de su vida.

A unos escasos dos meses antes de la fecha que habían fijado para la ceremonia, Harry llevó a Evelyn a dar un paseo por los alrededores de Sussex en el nuevo coche que les había comprado Bertram como regalo de boda anticipado. Hacía un día precioso, olía a verano, la luz del sol lo inundaba todo y las carreteras estaban secas, así que nadie llegó a saber qué provocó que las ruedas patinaran. Lo que sí se pudo establecer, sin embargo, fue que el coche circulaba a gran velocidad, demasiada como para que Harry enderezara el rumbo antes de que se estamparan contra una de las hayas que flanqueaban la carretera. Evie tuvo suerte. Perdió el bebé que no sabía que llevaba en su vientre y su pierna derecha se fracturó por siete sitios, quedando unida para siempre a un ingenioso armazón de clavos y correas metálicas que la sujetaban. Harry no tuvo tanta suerte: murió en el acto.

Evelyn, a pesar de toda la sobreabundancia de su juventud, poseía una dureza de carácter innata. Sabía que nunca podría volver a bailar, ni profesionalmente ni de otro modo, que nunca podría volver a llevar un hijo en su seno y que probablemente jamás podría volver a amar a otro hombre como amó a Harry. Aun así, siguió con gran determinación el programa de rehabilitación que le trazaron. Cada día recorría el trayecto hasta el parque de Battersea —cruzando el puente desde la casa de su padre— para realizar sus ejercicios de fortalecimiento en un entorno verde. Fue allí donde vio a la tropa de huerfanitas con sus batas de color granate dando su paseo, con una monja delante y otra detrás. En aquel momento nació la idea.

No creo que sea mentir si digo que Evie encontró en mi madre a la hija que nunca pudo tener, además de, quizá, la

historia de éxito que ella jamás podría vivir. Le enseñó todo lo que sabía. Un año después de que mi madre cruzara por primera vez el umbral de la clase de ballet, Evie la había adoptado.

En 1938, con ocho años, mi madre consiguió una beca para la escuela y compañía de Ballet Sadler's Wells. El resto, como ella dice, es historia. El orfanato, el vestido de segunda mano que se ponía para ensayar al principio, se convirtieron en parte de su cuento de hadas.

Los cuentos de hadas, sin embargo, no siempre acaban bien. De hecho, con frecuencia es al contrario, a pesar de lo que nos intentan hacer creer sus reescrituras modernas. Esa fue una lección difícil de aprender; quizá todavía estoy asimilándola. El 14 de abril de 1985. He intentado recordar, después, qué estaba haciendo yo entonces, en el instante exacto en que sucedió. ¿Lo supe, en aquel momento, en alguna parte fundamental de mi ser? Tengo la terrible sospecha de que estaba pagando una ronda para algunos de mis viejos amigos de Bellas Artes en el pub de Goodge Street donde solíamos reunirnos, pasando el día despreocupadamente sin tener ni idea de cómo había cambiado de repente mi vida.

Tras el accidente de avión volví a instalarme en la casa de Battersea donde habíamos vivido las tres: una enorme y abigarrada casa victoriana reformada, que se encontraba en una de esas calles que salen del parque. Ahora solo estaba yo. Un par de años antes, Evie entró en una residencia después de que le diagnosticaran demencia degenerativa. Durante mucho tiempo mamá se negó a considerar la posibilidad de meterla en una residencia. Su trabajo de coreógrafa la obligaba a viajar con frecuencia, pero dijo que rechazaría ofertas y buscaría un trabajo cerca de casa para poder pasar más tiempo cuidando de Evie. Pero el comportamiento de Evie se volvía cada vez más trastornado y errático. Cuando apareció en la otra punta del barrio, con el codo roto y sin tener ni idea de cómo había llegado tan lejos de casa, resultó evidente que no solo necesitaba cuidados más atentos, sino que además los necesitaba las veinticuatro horas del día. Mamá no podía permitirse dejar de

trabajar del todo, y yo tenía que ir a la escuela Slade, donde estudiaba la carrera de Bellas Artes.

—Sería mejor para ella —dijo la trabajadora social de St. George, que usaba unas expresiones de manual ilustrado— que tuviera la compañía de otros, lo cual se puede conseguir con atención a domicilio, pero resulta mucho más fácil en una residencia, donde también puede hacer vida social.

Puedo entender por qué esa decisión resultó tan difícil de tomar para mi madre. Se trataba de la mujer que la había cuidado desde la infancia, sin cuyo amor e influencia jamás habría tenido la vida que tenía. Sé que sufrió por ello, sintió que estaba cometiendo una horrible forma de traición. Además se añadía la complicación de que Evie no siempre parecía estar particularmente mal, podía tener momentos de una lucidez repentina y sorprendente, y había días enteros en los que parecía que no pasaba nada. Pero los días malos eran muy malos, y las posibilidades de lo que pudiera suceder durante las horas que Evie estuviera sola eran aterradoras. Al final, mamá aceptó que no tenía alternativa.

3

Londres, mayo de 1986

Todo sucedió un año después de la muerte de mi madre. Yo acababa de conseguir convencerme de que todo iba bien. Al echar la vista atrás, me doy cuenta de que no era así. Tenía veintisiete años y mi vida consistía en una rutina invariable: trabajar y visitar a Evie. Me las arreglaba para ofrecer al mundo exterior una impresión lo bastante prometedora de supervivencia. Ayuda que una vez pasados los primeros tres meses la gente empiece a dejar de preguntarte cómo lo llevas y, a no ser que des grandes muestras de lo contrario, tengan la impresión de que estás rehaciendo tu vida.

Apenas veía a mis antiguos amigos de la facultad de Bellas Artes. No fue algo premeditado, pero ahora soy consciente de que poco a poco me fui distanciando de ellos. Comencé a rechazar las invitaciones a fiestas y exposiciones, incluso dejé de ir a nuestras reuniones semanales en el pub. Me di cuenta de que mi dolor me alejaba de ellos y de que se había abierto un abismo entre mi vida y la suya. Aunque yo hubiera querido hablar de mi madre —que no era el caso—, no podría haberlo hecho con ellos. Nuestras conversaciones giraban en torno a pequeños cotilleos: quién se acostaba con quién, quién se había «vendido» a un coleccionista de los gordos..., las muchas intrigas intrascendentes de nuestro pequeño mundo incestuoso. La idea de introducir la muerte en esa mezcla feliz y frívola resultaba inconcebible.

Hasta hacía poco yo fui una de ellos: joven, despreocupada e incluso ligeramente egocéntrica, en el sentido más inofensivo. No podía dejar de sentir que mi presencia era una amarga

influencia. Sé que les habría mortificado oír cómo me sentía y noté que se esforzaban por tratarme como si no hubiera cambiado.

A pesar de haberme apartado de mis amigos y de ese viejo mundo, sentía la necesidad de mantenerme activa. Activa significaba que no tenía que pasar mucho tiempo metida en la casa de Battersea, donde el silencio y el vacío adquirían un peso terrible y singular. Pasaba más tiempo que nunca recorriendo la ciudad con mi cámara, sobre todo en las muchas mañanas que me despertaba a primera hora por el rugido del silencio que me rodeaba y comprendía que no podría seguir durmiendo. La concentración necesaria para sacar una buena foto, la medida exacta de la luz, las importantes decisiones sobre obturación, encuadre y enfoque del disparo, eran lo único capaz de apartar todos los demás pensamientos.

Y luego estaba el santuario del cuarto oscuro. Mi madre me montó uno en el sótano de la casa; fue mi regalo al cumplir los dieciocho. Lo instaló durante la semana que pasé fuera, en un viaje de estudios a Roma, y cuando regresé ahí estaba: dos enormes mesas de trabajo, el ampliador para proyectar las diapositivas, la luz de seguridad roja, las bandejas de revelado y dos estanterías llenas de todo el equipo que pudiera necesitar. Incluso me consiguió un mono de especialista. Usar aquel laboratorio se había convertido en una excusa para encerrarme en ese espacio hermético durante unas horas e intentar olvidarme de las habitaciones vacías que acumulaban polvo encima de mi cabeza.

También pasaba más tiempo que nunca en el trabajo: una tienda de cámaras en King's Road que, cuando llevé el currículum, me pareció lo más cercano a ser una fotografía profesional. Era uno de esos comercios llevado por afición y no por dinero; aunque mi jefe, Nick, acabó siendo bastante importante en el mundillo. Había sacado fotos icónicas de gente como Veruschka, Bianca Jagger, los Stones e incluso mi madre. Una vez me contó que ella era probablemente la mujer con una belleza más natural a la que jamás había retratado. «Porque estaba cómoda consigo misma —me dijo—, tan grácil, tan unida a su cuerpo.»

Muchas de sus fotografías son ahora moneda corriente y aparecen constantemente en artículos de prensa, aunque no sucede lo mismo con el nombre del fotógrafo. Nick dejó atrás todo aquello, y el mundillo lo olvidó rápidamente. Se marchó porque se había introducido demasiado en el mundo de aquellos a los que retrataba. Iba a las mismas fiestas, tomaba las mismas drogas, sufría los mismos bajones. Vivió lo que él denominaba una resaca de tres años, que estuvo a punto de destruirlo. Así que se sacudió el polvo y encontró una vida nueva, más sencilla.

A veces, cuando no entraba mucha gente, Nick renunciaba a pasar un mal día, cerraba la tienda y nos íbamos de «sesión de tutoría». Bajábamos al río y sacábamos fotos desde Albert Bridge, o intentábamos captar sin ser vistos a los jóvenes punks —débiles ecos de sus predecesores de los setenta— que se juntaban en los bancos cerca del parque de bomberos. A veces íbamos en el coche de Nick al este para sacar fotos de viejos paisajes industriales, estilo el escultor Steven Siegel.

Mis comienzos con la fotografía fueron en las sesiones de coreografía de mi madre a las que acudía al salir del instituto. Intentaba capturar a las bailarinas haciendo estiramientos, saltando o incluso cometiendo errores. Muy temprano descubrí que nunca se me daría bien la danza. Me faltaban disciplina y la gracia innata y, quizá lo más importante, no estaba hecha para actuar. Tener a mi madre observando cómo hacía mis ejercicios en la barra ya resultaba bastante angustiante, así que no digamos si había más personas. Fingía que me lo pasaba bien por ella, pero no tardó en darse cuenta y me sugirió que igual debería probar con otra afición. Así era ella. Otra madre habría insistido, desesperada por que su hijo compartiera su interés, pero la mía quería que tuviéramos una relación honesta por encima de cualquier cosa.

Sin embargo, me encantaba ver bailar a los demás, sobre todo a ella. Un fin de semana me llevó a una exposición de la fotógrafa Barbara Morgan: imágenes en blanco y negro de bailarines, muy iluminados y capturados en medio de un paso o en mitad de un salto. A día de hoy sigo fascinada por su obra: cómo la inmutabilidad del medio —el inevitable

estatismo de la fotografía— sirve para realzar la sensación de movimiento. Ver aquellas imágenes por primera vez y percibir cómo la artista había captado el poderoso y atlético desafío a la gravedad de aquellos bailarines, logrando lo imposible y congelando un momento en el tiempo, fue algo electrizante.

Aquel año, en Navidad desarrollé una nueva Nikon. Una cámara para mí, con una caja de madera especial que mi madre llenó de carretes. La afición se convirtió en una obsesión, en una nueva forma de ver el mundo. Algunas de aquellas primeras fotografías, incluso las que mi madre me dejó sacarle bailando descalza por la cocina de casa, llegaron hasta el portafolio que adjunté a mi solicitud de admisión en la escuela Slade de Bellas Artes.

Cuando mi madre murió, Nick se portó genial. Era muy amable conmigo: no me forzaba a hablar de ello, aunque daba a entender que estaría dispuesto a hacerlo si yo quería. Lo cual no era el caso, la verdad. A fin de cuentas, Nick era mi jefe y, aunque en ocasiones parecía más bien un amigo, siempre había un cierto grado de distancia profesional que me daba reparo romper. Pero sobre todo yo quería que me viera como una fotógrafa prometidora, no como alguien que necesitaba su compasión.

Al principio Nick sugirió que me tomara una especie de año sabático, pero creo que pronto comprendió que estar sin trabajo, con todo el tiempo libre para pensar, era lo peor que podría ocurrirme. Sería la excusa que necesitaba para aislarme por completo del mundo.

Y también estaba Evie, claro. La residencia quedaba a unos minutos en bici de la tienda, en dirección a World's End, y casi todos los días al salir del trabajo me acercaba para tomar un té y mantener alguna conversación cada vez más surrealista. Evie había empeorado muy rápido desde el accidente. Por lo visto, la pena aceleró el progreso de la demencia. A veces hablaba de mi madre como si estuviera viva. Cuando se daba

cuenta de que no era así, reaccionaba como si de repente se hubiera vuelto a enterar de la noticia. Era terrible para las dos.

Aquella tarde de primavera, el día transcurrió con normalidad. Compré unos *cannelés* de Burdeos —los pasteles favoritos de Evie— en la pastelería francesa que había frente a la tienda y bajé en bicicleta a la residencia. Miriam, una de las cuidadoras, me estaba esperando en el recibidor.

—Lleva todo el día preguntando por ti.

—¿En serio?

Si Evie preguntaba por alguien, normalmente era por mi madre.

—Sí. Le he dicho mil veces: «Vendrá luego, querida, como siempre». Se va a alegrar de verte.

—Le he traído unas fotos nuevas.

Eran fotografías de mi madre. Las estaba recopilando para ella, y todavía quedaban un montón por descubrir, publicadas en revistas viejas y programas de actuaciones... Algunas las había hecho yo. Evie las adoraba, y parecían tener un efecto positivo en ella. Yo..., bueno, el proceso de buscarlas me resultaba a la vez balsámico y doloroso, una extraña combinación.

—Le gustarán. Pero debo avisarte..., parece un poco agitada.

—¿Peor que habitualmente?

—Bueno, ahí está la cosa. Está mucho mejor, en un sentido. No parece tan confusa como últimamente. No es eso, no. Es como si algo le preocupara.

Supe que había algo diferente nada más entrar en la habitación; lo sentí. El ambiente estaba tan viciado y seco como siempre, pero ahora lo notaba cargado con un elemento extraño, una sensación más punzante. Evie me esperaba en su sillón, con la cara blanca. Me miró con una expresión que al principio no identifiqué porque me resultó del todo inesperada. No era ignorancia benévola ni dolor punzante, los dos estados entre los cuales oscilaba. Me costó un tiempo reconocer lo que era realmente: miedo.

—Evie —dije—. ¿Estás bien?

De entrada no contestó, pero se abatió más en el asiento y su mirada se hundió en sus manos entrelazadas. Permanecí en

pie, impotente mientras los instantes de silencio se hacían eternos. Cuando me fijé en que Evie empezaba a temblar ligeramente, me entró el pánico pensando que podría estar dándole algún ataque. La sujeté por los hombros, pero se revolvió, sacudiendo la cabeza, y yo retrocedí, alarmada.

—Evie, por favor, dime qué tienes.

—Nunca se lo conté —dijo muy bajito, casi hablando para sí misma.

Al principio no estaba segura de haber oído bien, y tuve que pedirle que lo repitiera.

—No te entiendo, Evie. ¿Hablas de mamá? —Decidí seguirle el delirio, pues por lo general era mejor que intentar aclarar las cosas, que solo conseguía confundirla más—. ¿Qué es lo que no le contaste?

—La mentí.

Me revolví incómoda. Como me había advertido Miriam, su discurso tenía una extraña lucidez, una perceptible ausencia del habitual desvarío confuso. Fuera lo que fuese aquello que estaba intentando decir, tuve la repentina sensación de no estar segura de querer escucharlo. Me senté a su lado e intenté agarrarle la mano. La apartó, retrayéndose.

—Evie, estás inquieta. Estoy segura de que fuera lo que fuese, bueno..., ya no importa.

—Importa aún más. Tendría que habérselo contado, y ahora ya no está, y nunca lo sabrá.

—Pero creo...

—¡No! —Su tono era cortante, muy distinto de su habitual susurro, alarmantemente diferente a la personalidad dócil e infantil a la que ya me había acostumbrado. Me pregunté si esta sería una nueva fase pasajera en su degeneración. Pero cuando volvió a hablar lo hizo de nuevo con aquella inusual lucidez.

—No, hay que decirlo. Debería haberlo dicho... hace mucho tiempo, pero la quería tanto que no pude hacerlo. —Me miró, suplicante, y vi que sus ojos se habían llenado de lágrimas—. Fue un acto egoísta y terrible.

Mi incomodidad se transformó en algo más parecido al terror.

—Por favor, Evie, dime, ¿de qué estás hablando?

—De su madre. Vino a buscarla.

Me quedé mirándola como una tonta.

—¿La madre de quién?

—La madre de June. Vino a buscarla, y June nunca lo supo.

Los padres biológicos de mi madre nunca tuvieron un lugar —ni siquiera su ausencia— en nuestras vidas. Sencillamente, no hablábamos de ellos, con quizá una única excepción. Todavía recuerdo, muy claramente, la única vez en que le pregunté a mi madre sobre sus padres. Fue al cumplir los veintiuno. Mi madre me había llevado a tomar algo en el Café de París, las dos solas.

Me sentía muy adulta, con un bonito vestido negro de crespón de China que ella me prestó. Estaba muy excitada y había tomado demasiado champán. Me pareció el momento adecuado para preguntar, ahora que ya era mayor. ¿Sentía curiosidad?, le pregunté. ¿Nunca se le había ocurrido buscarlos? No pareció ofendida por la pregunta. Creo que se esperaba que algún día se la hiciese. Su respuesta fue rotunda: «Si me hubieran querido, habrían venido a buscarme. De modo que, ¿por qué debería ir yo detrás de ellos? Te tengo a ti y a Evie. Sois toda la familia que me hace falta. No necesito saber nada más sobre esa persona que abandonó a un bebé en una puerta».

Y eso fue todo. Resultaba evidente que no había más que hablar del asunto. Supuse que debía darme por satisfecha. No me olvidé de esos abuelos desconocidos que estaban —o al menos alguna vez estuvieron— por ahí en alguna parte, pero para mí eran criaturas míticas: unas sombras arrancadas de la realidad, reservadas al ámbito de la imaginación y la fantasía.

Evie se tapó la cara con las manos y cuando me acerqué para intentar consolarla, soltó un sonido aterrador, una especie de aullido. Me miró separando los dedos y, de no ser por las espantosas circunstancias, habría resultado cómica: una octogenaria jugando al escondite como una niña. Pero dada la situación, me asusté. Hubo una larga pausa mientras

intentaba pensar en algo que decir o hacer. Luego, Evie soltó un largo suspiro renqueante que le ayudó a recobrar lo bastante como para hablar, en voz baja y lenta pero precisa.

—Cuando June tenía veinte años, recibí una carta. La mujer que la escribía decía ser su madre. Era tan... extraño que pareciera así, de repente, de la nada. Decía que si nos veíamos me lo explicaría todo.

—¿Quedaste con ella?

Evie me miró con un gesto miserable y pude adivinar la respuesta.

—Nunca. No podía, ¿lo entiendes? Me daba muchísimo miedo. Temía que todo aquello fuese verdad. Intenté convencerme de que no era posible. Tu madre se estaba haciendo famosa. Recibíamos cartas de gente muy extraña, que querían formar parte de su vida, que querían cosas de ella.

—Entonces ¿pensaste que podía ser una admiradora trastornada?

—Eso me dije, sí, aunque me envió algo más y comprendí que decía la verdad. Pero no fui capaz de decir nada. Estaba aterrada, mucho más que antes. Nunca se ha ido, lo llevo conmigo, todos los días..., como... algo posado en mi hombro.

Se encogió, como si sintiera de repente el peso de aquello.

—Evie —dije, tomando una de sus nervudas manos entre las mías—. Hiciste lo correcto. Estoy segura. —Elegía con cuidado mis palabras—. Esa mujer podría haber sido cualquiera. Nunca se sabe, hasta una auténtica psicópata.

Puso una sonrisa asustada y sacudió la cabeza.

—Cuando vi el dibujo que me envió días después, comprendí que decía la verdad.

—¿Qué dibujo?

Evie se incorporó con dificultad y caminó lentamente hacia su buró. Era un mueblecito *art decó* barnizado, lo único que quiso traerse de su casa. Encima, como siempre, estaba la foto enmarcada de un apuesto joven: su futuro esposo que jamás llegó a serlo.

Sacó el juego de llaves que todavía llevaba —una excentricidad— colgado de un cordón que se ataba a la cintura, como si fuera la señora de una gran hacienda, y se agachó con rigidez para abrir el cajón inferior. Siempre me ponía triste ver sus movimientos. Ella, que en el pasado usó con tanta gracia su cuerpo. Aquellos extraños omóplatos que sobresalían en la cima de su curvada espalda como pequeños y desiguales muñones de alas y que una vez coronaron una columna fuerte y recta.

El sobre que me entregó era ligero y muy viejo, el papel marrón tan seco y frágil como el esqueleto de una hoja. La presión de mi dedo bastaba para producir una pequeña fisura en su superficie. Lo miré, desconcertada por el hecho de que algo tan insustancial pudiera ser la causa de una ansiedad tan aguda.

—Quiero que te lo llesves, que lo mires sola —me dijo Evie—. Quiero que veas por ti misma lo que hay dentro.

La miré fijamente, y asintió con suavidad.

—Por favor, llévatelo.

De regreso a casa me fui directa a mi viejo cubil. La casa era una de esas extravagancias con vidrios de los colores del arcoíris en la ventana de media luna sobre la puerta principal, y una peculiar torreta bastante fuera de lugar, el equivalente urbano de los caprichos arquitectónicos de las casas de campo. De niña me sentí atraída por esa extraña pieza de realismo mágico, y durante años el pequeño espacio abovedado del interior de la torreta fue mi rincón de lectura. Mi madre incluso instaló un canapé junto a la ventana para mí. Allí decidí retirarme con mi sobre, rodeada por los ecos de la gran casa vacía.

Volqué el delicado envoltorio con cuidado, dejando que su contenido se desperdigara sobre el cojín del canapé. Dos hojas, finas como el tisú, igual que el sobre, desgastadas por el tiempo. Una, la carta, escrita a mano con una interesante caligrafía con cierto aire sofisticado.

Estimada Señora Darling:

Comprendo que esta carta le resultará algo chocante, tanto para usted como para June. No tengo muy claro, me temo, cómo seguir sin ir directa al grano, así que por favor acepte mis disculpas por la ausencia de preámbulos. Verá, soy la madre de June. La tuve hace veinte años, tal día como hoy.

Sé cómo puede sonar esto: abandoné a mi hija en un momento de egoísmo y, después de todo este tiempo, he cambiado de parecer. Pero no fue así como sucedió. Si me diera una oportunidad de explicárselo a las dos, creo que comprenderá que no tuve oportunidad de participar en la decisión.

Es difícil explicarlo todo en una carta, y soy consciente de que si tuviera que escribir toda esta triste historia, no resultaría creíble. Por lo tanto, les ruego —a usted y a June— que acepten encontrarse conmigo. Si deciden hacerlo, las estaré esperando en mi habitación del hotel Claridge's, todas las tardes de la semana que viene. Por favor, pregunte en recepción por Célia. No voy a pedirles nada, sé que no tengo derecho a hacerlo.

Solo le ruego que me dé esta oportunidad de conocer a mi hija, para explicarle que yo nunca la abandoné.

Atentamente,

Célia

Recosté la espalda y miré por la ventana, hacia donde podía adivinar el arco adornado de Albert Bridge. Esta Célia, esta mujer que afirmaba ser mi abuela, estuvo una semana languideciendo en aquella habitación de hotel, esperando ansiosa, quizá mirando los rostros de los que pasaban bajo su ventana buscando uno en concreto: la cara de su hija. Quizá alargó la espera más de una semana. Cuando estás desesperado, resulta sencillo convencerte de que la carta ha llegado tarde, o de que el receptor necesitaba tiempo para decidirse. Decía que no iba a pedir nada. ¿Evie tenía derecho a ser tan cruel? Pero esa no era forma de tomárselo. Yo no sabía nada de esta persona, y a

Evie la conocía de toda la vida. Era buena, moral, y quería a mi madre por encima de cualquier cosa. Yo no era quién para juzgarla.

Había otro papel. Era una tarjeta fina más rígida, con una cara en blanco. Le di la vuelta y se me cortó la respiración. Un boceto hecho con pluma y tinta, realizado de forma exquisita. Era mi madre. Estaba sentada en lo que parecía una manta de picnic, con la vaga sugerencia de una masa de agua —un río, o quizá un lago— a sus espaldas. Me miraba directamente, con una media sonrisa.

Mediante un lento proceso, comprendí que no era mi madre. No podía serlo. No porque llevara un peinado diferente y sus ropas resultaran extrañas y anticuadas —nada que hubiera visto vestir a mi madre—, sino porque la fecha, escrita encima de la firma, era 1929. Ahora supe quién debía ser. Ahora pude comprender el infortunio de Evie, su terrible sentimiento de culpa por lo que había hecho.

Cuando volví a examinar el dibujo, más tarde, pude verlo con mayor objetividad y fijarme en la pericia del artista, la ligereza del trazo. Era un ejemplo de sobriedad, toda la escena descrita con unas pocas y fluidas pinceladas. Pero estaba muy bien captada: la expresión de la modelo, en algún punto entre la sonrisa y la mueca, como si no estuviera cómoda en su condición de sujeto de un retrato.

Busqué mi cartera y saqué la foto de mi madre, mi favorita, porque en ella aparecía exactamente igual a como yo siempre la veía. Tendría más o menos la misma edad que yo ahora y llevaba su uniforme «de andar por casa»: pantalones pirata negros y camiseta blanca. La encontraba tremendamente chic y hermosa en esa foto. ¿Qué periodista fue el que la describió como «una mezcla de las dos Hepburn»? Su cabello negro tenía un brillo casi cinematográfico —mansamente liso, recogido en la nuca—. Cuánto deseé tener ese pelo de niña.

Podía ver que la mujer del dibujo poseía la elegancia innata y carente de artificios de mi madre: resultaba patente incluso en la ligeramente incómoda y temporal naturaleza de su pose. Esa sonrisa, sin embargo, era completamente suya. Era

una sonrisa de DaVinci. Una sonrisa incompleta, enigmática y compleja.

Era una obra de un talento fuera de lo común. No creía que yo fuera capaz de sacar una foto que evidenciara con tanta fuerza el carácter de la modelo. Miré la firma que aparecía bajo la fecha. Pude distinguir dos letras entrelazadas. Una S y una T. O una T y una S. No me decía nada, pero la estuve mirando fijamente, como si fuera un jeroglífico que albergase el secreto del dibujo.

Evie murió un par de días después. Fue un infarto cerebral, me dijeron. Me avergüenza reconocer que no la volví a visitar desde nuestro encuentro. No me sentía capaz de afrontar su culpabilidad, ni tampoco mis sentimientos confusos sobre lo que me había confesado. Me convencí a mí misma de que lo mejor para las dos era no vernos durante unos días. Debería haber sabido entonces que una vida puede cambiar de un modo irrevocable en mucho menos tiempo. Perdí mi oportunidad de decirle que lo entendía.

El funeral confirmó hasta qué punto mi madre y yo conformábamos toda la esfera de su existencia: la pequeña iglesia estaba a menos de la mitad de su capacidad. Aquel viejo secreto que yo siempre albergué, esa sensación de que no estábamos tan unidas como podríamos, se vio completamente anulado por la ola que me atrapó y me arrastró durante semanas a una cámara sellada y oscura de dolor. Solo cuando ya era demasiado tarde, solo a través de su pérdida, fui capaz de comprender cuánto la quise.

Todas las mañanas iba a la tienda, pero mis días ya no tenían forma ni sentido. La compañía de Evie, por muy impredecible que fuera, suponía para mí mucho más de lo que yo imaginaba. Por encima de todo, fue mi último vínculo con mi madre. Esto era una nueva soledad que nunca había conocido ni imaginado que existiera.